

llas amenazas. Yo amo como hijos en el Señor á los de Fusala y á su obispo: y por lo mismo á este y á aquellos los recomiendo á la benignidad de V. Santidad. No me doy por ofendido de los Fusalenses, aunque me han acusado ante V. Santidad, de que les he dado un hombre que tanto les aflige, sin haberle antes probado, y sin tener la edad competente; pero tampoco quiero perjudicar á Antonio, al cual profeso la mas sincera caridad, y por lo mismo quisiera contener sus malos deseos. Logren este y aquellos vuestra misericordia: aquellos, para que no sufran mas daños: este, para que no los cause. Aquellos, para que no conciban aversion contra la Iglesia católica, si los obispos católicos, y sobre todo la misma silla apostólica no los ampara contra un obispo católico; y este, para que no cometa la enorme maldad de hacer que no sean de Cristo los que quiere que por fuerza sean suyos. Por lo que á mí toca, debo confesar á V. Beatitud, que estos peligros me tienen en tanto temor y angustia, que estoy con el ánimo de renunciar el obispado y retirarme á llorar dignamente mi desacierto, si veo que aquel á quien tan imprudentemente hice obispo, devasta la Iglesia de Dios, y causa, lo que Dios no permita, con su pérdida, la de aquella iglesia. Teniendo presente lo del apóstol: «*Si nos juzgásemos á nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor,*» me juzgaré yo mismo, para que me perdone el que á de juzgar á vivos y muertos. Pero si V. Santidad se digna librar á aquellos miembros de Cristo de su afliccion y sobresalto, y consolar mi vejez con tan justa misericordia, en esta y en la otra vida os premiará el Señor que os colocó en vuestra silla, y de quien por vuestra conducta nos vendrá el consuelo en la tribulacion.»

No vino el caso de que el Santo renunciase el obispado; pero á los setenta y dos años de edad, designó su sucesor, y dispuso que cargase con parte de sus cuidados. Entre las cartas de San Agustin tenemos las actas de este importante asunto, dignas de ser conocidas; y en substancia dicen: «En Hipona á 26 de setiembre del año 426, en la iglesia de la paz, Agustin con otros dos obispos y siete presbíteros en presencia del clero y de un gran concurso del pueblo, dijo: Veo que habeis venido en gran número, en consecuencia de que ayer os lo encargué, para tratar un negocio muy grave. Por esto, sin detenerme en predicaros, voy á exponerle:

Todos hemos, de morir, sin saber cuando: en la juventud esperamos otra edad, en la vejez solo la muerte. Estoy viendo los disturbios de las iglesias en las muertes de los obispos: yo he de hacer cuanto pueda para precaverlos en esta. No ignorais que ahora vengo de Milevo por haber muerto Severo: habia designado su sucesor, el cual ha sido consagrado, y por la misericordia de Dios se han apaciguado las disensiones que se movian, solo porque no lo habia propuesto al pueblo, sino únicamente al clero. Para que, pues, nadie se queje os declaro mi voluntad que creo ser la de Dios: *quiero que el presbítero Heraclio sea mi sucesor.* El pueblo exclamó: *Gracias á Dios, alabado sea Cristo,* y lo repitió veinte y tres veces: *Jesucristo oidnos, viva Agustin,* esto se dijo diez y seis veces: *Tú eres nuestro padre, tu nuestro obispo,* lo que se dijo ocho veces.

Impuesto silencio, Agustin dijo: No quiero alabarle, pues le conocéis. Los notarios de la iglesia, como estais viendo, escriben mis palabras, y vuestras aclamaciones: estamos haciendo un acto eclesiástico y quiero que quede tan firme como se pueda. El pueblo aclamó treinta y seis veces. «*Gracias á Dios y alabanzas á Cristo:* trece veces, *Jesucristo oidnos, viva Agustin:* ocho veces, *vos sois nuestro padre y obispo:* veinte veces, *él es digno:* cinco veces *él lo merece;* y seis veces, *digno es y justo.* El santo añadió: Roguemos á Dios que confirme lo que acabamos de hacer. El pueblo aclamó diez y seis veces, *Alabamos tu prudencia:* doce veces, *así sea;* y seis veces, *vos sois nuestro padre, y Heraclio será nuestro obispo.* Despues añadió el Santo: «No pretendo que se haga con Heraclio lo que se hizo conmigo. Aun vivia mi padre Valerio, y yo fui ordenado obispo, pues ni él ni yo sabíamos que el concilio de Nicea lo prohibe. El quedará presbítero hasta despues de mi muerte. Pero vosotros tendreis presente, que años pasados habíamos convenido en que me dejariais cinco dias cada semana para que pudiese trabajar sobre la Escritura, por habérmelo encargado dos concilios de Numidia y de Cartago. Así lo prometisteis. Pero luego dejásteis de cumplirlo, y á todas horas y todos los dias venís con vuestros asuntos, y no me dejais tiempo para nada. Os ruego pues y conjuro por Jesucristo, que permitais que Heraclio, á quien designo por sucesor, cargue con el peso de mis ocupaciones.» El pueblo cla-

mó veinte y seis veces, *Os damos gracias de vuestra resolución.* Despues Agustin les dió gracias á ellos, y dijo: «Acudid pues á él, en vez de venir á mí: si alguna vez necesita de mi consejo, no se lo negaré. Si Dios me da algun tiempo más de vida, no pretendo vivir ocioso. Yo me aplicaré al Estudio de la Escritura: mi descanso será una ocupacion importante. En fin, os suplico que firméis estas actas, y decid si las consentís.» El pueblo exclamó veinte y cinco veces, *así sea:* veinte y ocho veces, *es justo y puesto en razon;* catorce veces, *así sea, así sea:* veinte y cinco veces, *tiempo ha que es digno, y que lo merece,* trece veces, *os damos gracias de vuestra resolución;* y diez y ocho veces, *Jesucristo oídnos, conservadnos á Heraclio.* Impuesto otra vez silencio, Agustin dijo: «Todo está bien, ofrezcamos á Dios el sacrificio, y os encargo que rogueis á Dios por esta Iglesia, por mí, y por el presbítero Heraclio.»

Antes de ser sacerdote escribió San Agustin los libros de las *Retractaciones* y las *Confesiones*, obras que revelan la profundísima humildad del santo que quiere reparar sus escándalos públicos con una confesion tambien pública de su vida pasada. Escribió las *Confesiones* para alabar la justicia y la misericordia de Dios por los bienes que le habia comunicado y por los grandes males de que le habia librado, y tambien para levantar hacia Dios el espíritu y el corazon de los que la leyeren, como él mismo dice en el libro segundo de sus *Retractaciones*.

Unas líneas de las *Confesiones* nos bastarán para comprender la humildad con que confiesa sus debilidades en la adolescencia: «Quiero, decia el Santo, traer á la memoria mis fealdades pasadas, y las torpezas carnales que causaron la corrupcion de mi alma; no porque las ame ya, Dios mio, sino para excitarme mas á vuestro amor. Esto lo hago correspondiendo á vuestro amor, recorriendo mis malos caminos con gran pena y amargura de mi alma; para que Vos, Señor, seais dulce para mí, dulzura verdadera, dulzura felicísima y segura, y me saquéis de la disipacion y distraimiento que ha dividido mi corazon en tantos trozos como objetos he amado diferentes, mientras he estado separado de Vos, que sois la eterna y soberana Unidad.

«En algun tiempo de mi adolescencia deseaba ardientemente saciarme de estas cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nue-

vo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo tambien me entregué osadamente á varios y sombríos afectos y pasiones, con lo cual se afeó la hermosura de mi alma; y agradándome á mí mismo, y deseando agradar y parecer bien á los ojos de los hombres, vine á ser hediondez y corrupcion en los vuestros.»

Las *Epistolas* son en número de 262, y en ellas pueden aprenderse la doctrina, las costumbres y los padecimientos de la Iglesia en los siglos primitivos. Tambien son suyos.

Varios Tratados sobre la Sagrada Escritura.

Comentarios sobre los Salmos.

Sermones.

La *Ciudad de Dios* que se reputa como la obra principal y mas importantísima de San Agustin. Esta magnífica produccion *De Civitate Dei*, está dividida en veinte y dos libros. Están dedicados los diez primeros á la impugnacion de la doctrina de los paganos, y los doce últimos á la defensa de la doctrina de la Iglesia católica. Por la ciudad de Dios entendia el P. San Agustin la reunion de los fieles que viven obedientes y sumisos á la Iglesia, y por la ciudad del mundo la que formaban los paganos. Estas dos ciudades existirán siempre: los que niegan el orden sobrenatural y sobreponen la razon á la fé, forman la ciudad del mundo ó de Babilonia; los que escuchan á la Iglesia, estos forman la ciudad de Dios ó de Jerusalem. Finalmente escribió el santo entre otras cosas, tratados contra diversas herejías; algunos especiales contra los donatistas y otros contra los pelagianos.

Injusto seria no subsanar aquí una omision manifiesta por la lectura de lo que antecede, aunque para ello se haya de alterar el orden cronológico. Segun se ha visto, maestro de alguno de los santos padres citados y su émulo en mérito, fué San Ambrosio, á quien no quera bien dejar de consagrar algunas líneas, con las que terminará esta breve reseña biográfica de los ilustres varones que en el siglo IV ayudaron á los pontífices en sus elevadas quanto arduas tareas.

San Ambrosio nació el año 340 de la era cristiana, de una familia ilustre, pues fué su padre gobernador de las Galias, de Inglaterra, de España y de la parte occidental del Africa. Dedicado al estudio de las letras desde sus primeros años, dió muestras de

estar adornado de un gran talento y, muy jóven todavía, conocia ya perfectamente los dogmas y la moral de la Iglesia, siendo aficionado á la lectura de los libros santos. Era Ambrosio gentil, pero de corazon cristiano. La perspicacia de su imaginacion y lo mucho que habia leído le hicieron comprender que en el seno de la Iglesia católica, y en sus dogmas y en su moral, estaba únicamente la verdad y que el paganismo era fruto de la ignorancia de los antiguos pueblos. Nombrado gobernador de la Emilia y de la Liguria en Italia, fué muy benévolo para los cristianos y al propio tiempo confesó su fé y pidió ser admitido entre los catecúmenos. Puede comprenderse cuan extraordinarias serian sus virtudes, y la reputacion que por ellas habia adquirido, con solo decir que siendo aun catecúmeno, fué designado para suceder al obispo Ausencio en la silla episcopal de Milan. En vano se resistió á recibir tal dignidad; el clero y el pueblo no cedieron, el emperador consintió en ello, y así recibió el bautismo y las órdenes sagradas y el 7 de diciembre de 374 recibió la plenitud del sacerdocio, siendo consagrado obispo.

No tuvo desde entonces el arrianismo un enemigo mas poderoso, pues todos los esfuerzos de San Ambrosio fueron dirigidos á combatir aquella funesta herejía, y á escitar el espíritu patriótico de los pueblos en Italia para que rechazasen á los bárbaros del Norte.

Protectora de los arrianos era la emperatriz Justina, madre del emperador Valentiniano II, y hacia cuanto estaba de su parte por favorecerlos; pero San Ambrosio sin temor alguno, sin tener para nada en cuenta la jerarquía de aquella mujer, pues nada le importaban los respetos humanos cuando se trataba del cumplimiento de los deberes, se puso frente á frente de la emperatriz, oponiéndose á su funesta política; y si ella llega á dirigirle amenazas por medio del prefecto Calógono, San Ambrosio, con una energía digna de ser imitada por aquellos que han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia, dice al prefecto: «En tu hora podrás tu obrar como cortesano injusto, pero yo sufriré como conviene á un obispo católico.»

Un día el emperador Teodosio, dejando abrigar en su corazon un deseo de venganza, cometió un acto de verdadera crueldad, pues mandó degollar á siete mil tesalonicenses.

Cuando San Ambrosio lo supo, se llenó de una justa indignacion, y al ver que el emperador se dirigia á la Iglesia, le cerró sus puertas y le sujetó á una penitencia pública.

Tanta era su sabiduria, que San Agustin confiesa que en parte debió su conversion á su persuasiva elocuencia. Si una vez escribe á San Basilio, recibe de este Padre una respuesta la mas satisfactoria. San Basilio manifiesta su complacencia de que Dios hubiese dispuesto que la Iglesia de Milan tuviese por pastor á un varon tan eminente por sus virtudes y sabiduria; y le habla de este modo: «Animo, pues, varon de Dios; ya que habeis recibido el Evangelio, no de los hombres sino del mismo Señor, que os ha sacado de entre los jueces de la tierra, para colocaros en una de las sillas de los apóstoles, sostened la buena causa, remediad las enfermedades del pueblo, en especial si hubiese algunos infectos del arrianismo y fomentad nuestro mútuo amor con frecuentes cartas, que suplan las distancias de los lugares.»

Eran tan eficaces sus alabanzas de la virginidad, que muchas madres no permitian que sus hijas fuesen á escucharle por temor de que saliesen de sus sermoues determinadas á consagrarse á Dios. En suma, á los tres años de ocupar San Ambrosio la silla de Milan, ya era reputado como el principal entre los doctores de la Iglesia latina.

San Ambrosio murió el día 1.º de abril del año 367, á la edad de 57 años, habiendo ocupado la silla episcopal de Milan cerca de veinte y tres.

Segun resulta del trabajo hecho por el señor don Miguel Sanchez, he aquí las obras de San Ambrosio:

I. COMENTARÍA IN APOCALYPSIM.

II. DE VICIORUM, VIRTUTUMQUE CONFLICTUM AD SIMPLICIANUM.

La primera de estas dos obras creen algunos que no es de San Ambrosio, y en cuanto á la segunda no falta quien quiera atribuir-la á Ambrosio Aulperto.

III. DE ORIGINE ET MORIBUS BRACHMANORUM.

IV. DE FIDEI EXPOSITIONE. En esta obra se explica la fé de Nicea contra los herejes arrianos.

V. DE CONCORDIA MATHÆI ET LUCE. En esta obra trata su

autor de concordar las dos genealogías de Jesucristo que se leen en los evangelios de San Mateo y de San Lucas.

VI. DE SPIRITU SANCTO. Se combaten los errores de los herejes contra el Espíritu Santo.

VII. EXPOSITIO IN CANTICA CANTICORUM. «Este libro, dice el citado señor Sanchez, fué compuesto por Antonio de Mochara, con fragmentos extractados literalmente de las obras del santo obispo de Milan.» Siendo así, creemos que no debia incluirse entre las obras del santo, y si nosotros lo hacemos es por seguir el orden en que las presenta el mismo erudito escritor.

VIII. DE PENITENCIA. Su título explica el objeto.

IX. COMMENTARIA IN EPISTOLAS S. PAULI. «Esta obra, dice el señor Sanchez, se cita con frecuencia, pero aunque goza de grande autoridad, no se cree auténtica. Se cree que, ó San Ambrosio no expuso las epístolas de San Pablo, ó se han perdido sus verdaderos comentarios.

X. El cántico *Te-Deum laudamus*, es de San Ambrosio y San Agustin. Creen algunos que es de Sisebuto, monje de la orden benedictina. Para nosotros tiene mucho valor la tradicion de los siglos que lo atribuyen á los dos Padres citados, y nos parece hasta temerario ponerlo en duda.

XI. POSTERIOR APOLOGÍA DAVIDIS. Creemos que alguna razon tienen los que ponen en duda que esta obra sea de San Ambrosio; su estilo se diferencia de las demás de este Padre, y á mas parece que se disculpa el adulterio de David, entendiéndole en sentido figurado.

XII. AD VIRGINEM LAPSAM. «Es un tratado, dice el nombrado señor Sanchez, que Belarmino encuentra digno de censura, y en ciertos pasages algo oscuro, en lo que se refiere á la herejía de los montanistas. En el capttulo VIII, hay palabras que no pueden explicarse en buen sentido sin nueva dificultad.» Y sin embargo, á ninguno se le ha ocurrido, que sepamos, negar la autenticidad de esta obra. Siendo tan conocida la ortodoxia de San Ambrosio y lo mucho que trabajó para destruir las heregias de su siglo, no se puede comprender como saliese de su pluma una obra en la cual haya pasages oscuros al tratarse de una herejía. Tal vez sea sin fundamento atribuida á San Ambrosio.

XIII. DE VIDUIS. Su objeto fué el reprender á una viuda que trataba de contraer segundo matrimonio, teniendo hijas casadas del primero, por lo que se ve que el santo obispo era contrario á las segundas nupcias. Esto no nos sorprende, porque son varios los escritores eclesiásticos de aquellos tiempos que eran de la misma opinion.

XIV. DE TRINITATE. Su objeto lo indica el título: es explicar ó mejor dicho exponer el dogma de la Santísima Trinidad. Es considerada esta obra como nueva explicacion del símbolo de los Apóstoles, hecha con trozos de San Ambrosio, de San Hilario y de San Agustin.

XV. DE DIGNITATE SACERDOTALIS. Esta obra se encuentra con títulos diversos en varias colecciones. En algunos manuscritos se llama LIBER PASTORALIS, en otros *De Cura Pastoralis*, ó bien *Sermo de Episcopis*, y no falta quien lo titule *De Observantia episcoporum*.

XVI. DE SACRAMENTIS. Es quizás, dice Sanchez, la obra mas consultada de San Ambrosio.

XVII. DE VIRGINITATE. Consta de tres libros. Escribió esta obra á instancias de su hermana Santa Marcelina. y esta llena de extraordinarias alabanzas á la virginidad. Hace ver que la virginidad no es mala, ni nueva, ni inútil; que nadie deja de casarse por no hallar mujer, y que la poblacion es mayor en los paises en que mas estimada es la virginidad.

XVIII. TRATADO DE INCARNATIONE. Hé aquí como escribe el citado Sanchez, el motivo por el cual San Ambrosio escribió esta obra. «Dos mayordomos del emperador Graciano, que pertenecian á la secta arriana, insultaron en público á San Ambrosio, provocándolo á defender la doctrina católica acerca de la Encarnacion del Verbo. Al dia siguiente el santo obispo de Milan pronunció un admirable discurso acerca de este dogma. Como los dos mayordomos provocadores no habian asistido al sermon, San Ambrosio lo escribió con el fin de que pudiera serles provechoso. Desgraciadamente, esto no pudo verificarse. En el mismo dia murieron los dos mayordomos de una manera desastrosa. Cayeron de un carruage y fueron arrastrados por los caballos. El pueblo de Milan lleno de horror, miro su inesperada muerte como un castigo del cielo por su sacrilegio.»

XIX. DE MYSTERIS. Explica el santo doctor en este libro á los recién bautizados la significacion de las ceremonias del Bautismo, la naturaleza é importancia de la Confirmacion y las figuras del Testamento Antiguo referentes á la Eucaristía.

Hemos perdido algunas otras obras de San Ambrosio que citan otros santos Padres.

He aquí una noticia que nos da el citado Padre Amat: «Un hermano del santo llamado Sátiro murió. Quiso pasar á Africa por un crédito de San Ambrosio: en una deshecha borrasca junto á la costa, se vió que era inevitable el naufragio. Sátiro, no pudiendo recibir la Eucaristía, por no ser todavía bautizado, quiso á lo menos tenerla cerca: pidióla á los navegantes que eran bautizados; y como no podian verla sino los fieles, se la dieron envuelta en un *orarium*, que era una especie de estola, corbata ó toalla larga, que los romanos entonces llevaban al cuello. La tomó en sus manos; y lleno de confianza se echó al mar sin buscar tabla, y fué el primero que llegó á tierra. Libre del peligro llamó luego al obispo del lugar para recibir el bautismo. Para asegurarse de su fé le preguntó, dice San Ambrosio, si comunicaba *con los obispos católicos, esto es con la Iglesia Romana*. El obispo era del cisma de Lucifer: y Sátiro por no recibir el bautismo de un cismático, volvió á embarcarse, y se bautizó al llegar á tierra de católicos. Murió poco despues de vuelto á Milan: las exequias fueron solemnes, y San Ambrosio dijo su oracion fúnebre. Siete dias despues se hicieron los sufragios acostumbrados, y San Ambrosio hizo otro discurso, para hacer ver que la fé de la resurreccion debe consolarnos en la pérdida de las personas que más estimamos.»

V.

San Inocencio I, llamado por Teodoreto hombre de gran ingenio y de singular prudencia, celebrado por San Agustin, por San Próspero y otros varones igualmente ilustres, fué enterrado en el cementerio de su nombre, de donde se trasladaron luego sus restos á la iglesia de los Santos Silvestre y Martin, y tuvo por sucesor á San Zósimo, que elegido pontífice el año 417, falleció el siguiente despues de haber ocupado la Santa Sede un año, nueve meses y

